

tenia noticia de su señor el caballero de la Triste Figura : y que si no le había llamado el de los Leones debía de ser por habersele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo título aun no se sabe) : Decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia que se llama del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía. D. Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la cual haciendo llamar al Duque su marido, le contó en tanto que D. Quijote llegaba toda la embajada suya; y los dos por haber leído la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de D. Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían con propuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habían leído, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó D. Quijote alzada la visera, y dando muestras de apearse acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pié en una sogá del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, ántes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. D. Quijote, que no tenía en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho había llegado á tenersele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenía el pié en la corma. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á D. Quijote maltrecho de la caída, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, ántes apeándose de su caballo fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole : A mí me pesa, señor caballero de la Triste Figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero desciudos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió D. Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caído

ó levantado, á pié ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía. Pasito, mi señor D. Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que adonde está mi señora D.<sup>a</sup> Dulcinea del Toboso no es razón que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, ántes que su amo respondiese dijo : No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde ménos se piensa se levanta la liebre, que yo he oído decir que esto que llaman naturaleza es como un alcázar que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso, también puede hacer dos y tres y ciento : digo porque mi señora la Duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse D. Quijote á la Duquesa, y dijo : Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. A lo que respondió la Duquesa : De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor D. Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes : y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, añadió D. Quijote. Tanto que mejor, dijo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran caballero de la Triste Figura... De los Leones ha de decir vuestra Alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste figura : el figuro sea el de los Leones. Prosiguió el Duque : Digo que venga el señor caballero de los Leones á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan. Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante, y subiendo en él D. Quijote, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

## CAPITULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de D. Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecía. Cuenta pues la historia que ántes que á la casa de placer ó castillo llegasen se adelantó el Duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habían de tratar á D. Quijote, el cual como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta en piés de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á D. Qui-

jote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron : Vaya la vuestra grandeza á apearse á mi señora la Duquesa. D. Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la Duquesa, y no quiso descender ó bajar del palafren sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros á D. Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces : Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes; y todos ó los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre D. Quijote y sobre los Duques, de todo lo cual se admiraba D. Quijote; y aquel fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la Duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la Duquesa había salido, y con voz baja le dijo : Señora Gonzalez, ó como es su gracia de vuesa merced. D.<sup>a</sup> Rodriguez sea de Grijalba me llamo, respondió la dueña, ¿qué es lo que mandais, hermano? A lo que respondió Sancho : Querría que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio : vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballería, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo; tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oído decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Breña vino, *Que damas curaban del, y dueñas de su rocino*; y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llavar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quíñola de sus años por punto ménos. Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos; y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las había. Aquí las hé, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballería á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso su vianta yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que cuantas pudieran decirme; y hablando con Sancho le dijo : Advertid, Sancho amigo, que D.<sup>a</sup> Rodriguez es muy moza, y que aque-

llas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; solo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona mas caritativa que á la señora D.<sup>a</sup> Rodriguez. D. Quijote, que todo lo oía, le dijo : ¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere; aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé de él, y si en la caballería se me acordara, allí hablara. A lo que dijo el Duque : Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada; al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona. Con estos razonamientos gustosos á todos, si no á D. Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á D. Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado : seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habían de hacer, y de cómo habían de tratar á D. Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó D. Quijote despues de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servían con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habían dado), reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes como la valentía. Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho, y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho, le dijo : Dime, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonorar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿Tiempos eran aquellos para acordarte del rucio, ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grósera tela tejido. Mira, pecador de tí, que en tanto mas es temido el señor, cuanto tiene mas honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demas hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de tí, y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que soy yo algun echacuervos, ó algun caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo : huye, huye destes inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhan desgraciado : enfrena la lengua, considera y rumia las palabras ántes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua ántes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que desenidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriera quién ellos eran. Vistióse D. Quijote, púsose

su tahalí con su espada, echóse el manto de escarlata á cuestras, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala, tantas á una parte como á otra, y todas con adorno de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogieronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo que debía de ser el grave religioso, que con los Duques salió á recibir á D. Quijote. Hicieronse mil cortes comedimientos, y finalmente cogiendo á D. Quijote en medio se fuéron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á D. Quijote con la cabecera de la mesa; y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fuéron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y D. Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: Si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando D. Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que había de decir alguna necesidad. Miróle Sancho, y entendióle, y dijo: No tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco há vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió D. Quijote; di lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor D. Quijote, que está presente, no me dejará mentir. Por mí, replicó D. Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dijo D. Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del Duque dijo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque es muy discreto. Discretos días, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este: Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venía de los Alamos de Medina del Campo, que casó con D.<sup>a</sup> Mencía de Quiñones, que fué hija de D. Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella dependencia años há en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor D. Quijote se halló en ella, donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el her-

rero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígallo por su vida, porque estos señores no me tengan por algún hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad; pasa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días. No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días, que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores míos, prosiguió Sancho, que esté tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazón el religioso, que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A ménos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que había ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca... Gran gusto recibían los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, y D. Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza diciéndole: Sentáos, majagranzas, que adonde quiera que yo me sienta será vuestra cabecera: y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito. Púsose D. Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían. Los señores disimularon la risa porque D. Quijote no acabase de correrse habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á D. Quijote, que qué nuevas tenía de la señora Dulcinea, y que si le había enviado aquellos días algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podía dejar de haber vencido muchos. A lo que D. Quijote respondió: Señora mía, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; pero adónde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en la mas fea labradora que imaginarse puede? No sé, dijo Sancho Panza: á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo; á lo ménos en la lijereza y en el brincar bien sé yo que no daré ella la ventaja á un volteador: á buena fe, señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un

gato. ¿Habeisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el Duque. Y cómo si la he visto, respondió Sancho; ¿pues quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre. El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser D. Quijote de la Mancha, cuya historia leía el Duque de ordinario, y él se lo había reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo: Vuestra Excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este D. Quijote, ó D. Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra Excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y viciadas. Y volviendo la plática á D. Quijote, le dijo: Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, y que venciéis gigantes, y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volvéos á vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reír á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde nora tal habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo D. Quijote á las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pié, y dijo... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.

## CAPITULO XXXII.

De la respuesta que dió D. Quijote á su repressor, con otros graves y graciosos sucesos.

Levantado pues en pié D. Quijote, temblando de los piés á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar ántes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo ménos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin mas ni mas mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced, ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay mas sino á troche moche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algun pupilaje, sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte

ó treinta leguas de distrito, meterse de rondón á dar leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes. Bien por Dios, dijo Sancho, no diga mas vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una insula? Si soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien juntate á los buenos, y serás uno dellos; y soy yo de aquellos no con quien naces, sino con quien paces; y de los quien á quien árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y há muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí insulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazón el Duque, que yo en nombre del señor D. Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad. Híncate de rodillas, Sancho, dijo D. Quijote, y besa los piés á su Excelencia por la merced que te ha hecho. Hizolo así Sancho; lo cual visto por el eclesiástico se levantó de la mesa mohino ademas, diciendo: Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra Excelencia como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mía, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar: y sin decir mas ni comer mas se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le había causado. Acabó de reír, y dijo á D. Quijote: Vuesa merced, señor caballero de los Leones, ha respondido por sí tan alta-

mente que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe. Así es, respondió D. Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entré el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: Está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opondrá, y no le deja salir con su intención, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dándose los huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron á traición; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que había hecho sin volver las espaldas y á pié quedo: y así segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituidos en la sacra religión; porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie: y aunque poco há dije que yo podía estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, ménos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: solo quisiera que esperara algun poco para darle á entender en el error en que está en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced. Eso juro yo bien, dijo Sancho; cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melon muy maduro; bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalvan hubiera oído estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara mas en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera cómo escapaba de sus manos. Parecía de risa la Duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinión le tenía por mas gracioso y por mas loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer. Finalmente, D. Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la

de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de D. Quijote, el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran ménos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor D. Quijote esperaria. Hizolo así, y quedó D. Quijote con la mas extraña figura, y mas para hacer reir, que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veían con media vara de cuello mas que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenían los ojos bajos sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabían á qué acudir: ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibían de ver á D. Quijote de aquella suerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á D. Quijote, y luego la que traía las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querían ir; pero el Duque, porque D. Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole: Venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al Duque como á D. Quijote, y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Despues se supo que había jurado el Duque que si á él no le lavaran como á D. Quijote, había de castigar su desenvoltura, la cual habían enmendado discretamente con haberle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: Válame Dios, ¡si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros! porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aun que si me las rapasen á navaja lo tendria mas á beneficio. ¿Qué decis entre vos, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oído decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero no legía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque tambien dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio destes ántes es gusto que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dijo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo ménos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será. Mirad, maestresala, dijo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra. El maestresala respondió que en todo sería servido el señor

Sancho; y con esto se fué á comer, y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y D. Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería. La Duquesa rogó á D. Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la famaregonaba de su belleza, tenia por entendido que debía deser la mas bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Sospiró D. Quijote oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo: Si yo pudiera sacar mi corazón, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre está mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra Excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timántes y de Apéles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronce, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla? ¿Qué quiere decir demostina, señor D. Quijote? preguntó la Duquesa; que es vocablo que no le he oído en todos los dias de mi vida. Retórica demostina, respondió D. Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores retóricos del mundo. Así es, dijo el Duque, y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daría gran gusto el señor D. Quijote si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal que la tengan envidia las mas hermosas. Si hiciera por cierto, respondió D. Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco há que le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recibir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. Válame Dios! dando una gran voz dijo á este instante el Duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la helleza que le alegraba, el donaire que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba? ¿Quién? respondió D. Quijote, ¿quién puede ser sino algun maligno encantador de los muchos envidiosos que me presiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguidome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que mas lo siento: porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como al ár-

bol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No hay mas que decir, dijo la Duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor D. Quijote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea; y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió D. Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica, y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfeccion que en las hermosas humildemente nacidas. Así es, dijo el Duque; pero hame de dar licencia el señor D. Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias que vuesa merced bien sabe. A eso puedo decir, respondió D. Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto mas, que Dulcinea tiene un jiron que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se extiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor D. Quijote, dijo la Duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pié de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor D. Quijote la sirva, que es lo mas que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, aechando un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje. A lo que respondió D. Quijote: Señora mia, sabrá la vuestra grandeza, que todas ó las mas cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutables de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso; y como es cosa ya averiguada que todos ó los mas caballeros andantes y

famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce Pares de Francia, de quien se cuenta que no podía ser herido sino por la planta del pié izquierdo, y que esto había de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna: y así cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podía llegar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entónces de la muerte que dió Hércules á Anteon, aquel feroz gigante que decían ser lijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podría ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser herido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerzas de encantamientos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empeza: y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo: y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales; y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes, como viniendo poco há por el Toboso jamas pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella vivirá yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías, que Sancho Panza es uno de los mas gratiosos escuderos que jamas sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se

saldria con cualquiera gobierno como el rey con sus alcabalas: y mas que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por allí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejariale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la insula que gobernaré. A este punto llegaban de su colloquio el Duque, la Duquesa y D. Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por habador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguiale y perseguale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársele debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérsela lavar. ¿Qué es esto, hermanos? preguntó la Duquesa: ¿qué es esto? ¿qué queréis hacer á ese buen hombre? ¿cómo? ¿y no considerais que está electo gobernador? A lo que respondió el pícaro barbero: No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque mi señor y el señor su amo. Si quiero, respondió Sancho con mucha cólera, pero querria que fuese con toallas mas limpias, con lejía mas clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mí con lejía de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas quanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare á lavarme ni á tocarme un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos: que estas tales cirimonias y jabonaduras mas parecen burlas que gasajos de huéspedes. Percida de risa estaba la Duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho, pero no dió mucho gusto á D. Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: Hola, señores caballeros, vuestras mercedes dejen al mancebo, y vuélvase por donde vinieron, ó por otra parte si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas y penantes búcaros: tomen mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: No sino lléguese á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almohacenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilén á cruces. A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la Duquesa: Sancho Panza tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrá en todo quanto dijere: él es limpio, y como él dice, no tiene ne-

cesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: quanto mas que vosotros, ministros de la limpieza, habeis andado demasidamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero en fin, sois malos y mal nacidos, y no podeis dejar, como mandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venía con ellos, que la Duquesa hablaba de véras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fuéron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel á su parecer sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo: De grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho, no puede pagarse con ménos sino es con desear verme armado caballero andante para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora: labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, ménos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que habeis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma corte: bien parece, quiero decir, que os habeis criado á los pechos del señor D. Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias como vos decís: bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderial fidelidad: levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque mi señor, lo mas presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno. Con esto cesó la plática, y D. Quijote se fué á reposar la siesta, y la Duquesa pidió á Sancho que si no tenia mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente á su mandado, y fué. El Duque dió nuevas órdenes como se tratase á D. Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

## CAPITULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta pues la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la Duquesa, la cual con el gusto que tenia de oírle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la Duquesa fué la que habló primero diciendo: Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo

que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran D. Quijote anda ya impresa: una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo, á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor D. Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra-Morena. ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos? A estas razones, sin responder con alguna se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar, y dijo: Ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor D. Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mí parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva piés ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ó ocho dias, que aun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora D.<sup>a</sup> Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamiento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que habia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la Duquesa: De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oídos, que me dice: pues D. Quijote de la Mancha es loco, meneguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él mas loco y tonto que su amo: y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das insula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí; cómo sabrá gobernar á otros? Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígame vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias há que habia de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo mas, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon: y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de ménos me hizo Dios, y podria ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que magüera tonto, se me entiende aquel refran de por su mal le nacieron alas á la hormiga; y aun podria ser que se fuese mas aina Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador: tan buen pan hacen aquí como en Francia: y de noche todos los gatos